

LA NUEVA GEOPOLITICA DE LA BOMBA

Por EDUARDO HARO TECLEN

El problema de hoy, honestamente planteado, no es el de cómo pueden coexistir el Este y el Oeste; el problema es saber cómo el mundo, la humanidad, pueden coexistir con la bomba atómica. Parece que, por primera vez en la historia, hay un arma que sobrepasa el control del hombre y que amenaza directamente lo que llamamos la civilización, cuya hipertrofia la ha producido. No todos los tratadistas están de acuerdo sobre esta capacidad de la bomba. Mientras Kruschef lo ve perfectamente así y dice que «la bomba atómica no se adhiere a los principios de clase, sino que destruye a todo el mundo con la envergadura de su fuerza devastadora» (en la carta abierta del Partido Comunista Soviético sobre la diferencia ideológica con China), algunos americanos disminuyen la importancia de la bomba. Algunos de tan gran importancia, como Stewart L. Pittman, que es secretario adjunto de Defensa de los Estados Unidos (como si dijésemos viceministro) y jefe de la Oficina de Defensa Civil del Pentágono. Pittman cree que un ataque termonuclear contra los Estados Unidos no crearía forzosamente una tierra devastada y que no desarticularía permanentemente ni la economía ni la agricultura de su país. (Es lógico que Pittman no se refiriese a lo que podría pasar con un ataque termonuclear contra otros países, aliados más o menos forzosos de los Estados Unidos: el tema no es de su incumbencia.) «Muchos de los sectores clave de nuestra economía continuarían funcionando: no como antes del ataque, desde luego, pero con un nivel adecuado para la recuperación. Excepto aproximadamente un cinco por ciento de la tierra en el área del holocausto (sic), el resto del país permanecería en la normalidad, aunque parcialmente contaminado por la radiación.»

Optimismo como éste son graves en los momentos en que vivimos. Están produciendo en los Estados Unidos una especie de resistencia contra la «paz de Moscú», contra la firma de un tratado contra las pruebas atómicas. La Junta de Jefes de Estado Mayor se ha dirigido por escrito al Senado para advertirle que tales acuerdos «no comportan todos los elementos de protección que deba proveer y que no están realizados en el interés nacional». El Senado americano debe aprobar por dos tercios de mayoría todos los tratados que firme el Presidente o sus delegados. Según una avaluación a los senadores, se calcula que la aprobación de un tratado previniendo la prohibición de todas las pruebas nucleares (incluyendo las subterráneas) tendría diez votos menos de los necesarios; sin embargo, Kennedy y Harriman se declaran seguros de obtener la mayoría necesaria cuando expongan a los senadores el alcance total de sus proyectos, incluso celebrando una serie de entrevistas secretas con grupos de senadores.

La nueva división del mundo

El hecho es que la bomba cumple ahora dieciocho años de existencia —el 16 de julio de 1945 se hizo la primera explosión de ensayo en el desierto de Alamogordo; el 6 y el 9 de agosto del mismo año hizo su bestial aparición en la historia, devastando Hiroshima y Nagasaki; desde entonces se han producido unas 256 explosiones de ensayo por parte de los Estados Unidos, 125 por la URSS y 21 por Gran Bretaña— y que en este tiempo ha llegado, según parecen creer la mayor parte de los comentaristas de la política de este momento decisivo, una nueva geopolítica. Se cree ahora que la antigua división entre Este y Oeste está a punto de terminar y que la nueva geografía política dividirá al mundo en tres grandes sectores: los que tienen la bomba, los que están a punto de tenerla y los que no la tienen ni esperan tenerla. Esta división podría haberse consagrado en Moscú durante las dos últimas semanas. Los dos grandes propietarios de la bomba atómica, Estados Unidos y la URSS, buscan un acuerdo o una serie de acuerdos que les permitan salvar la cara con respecto a sus opositoristas del interior y con sus aliados, ayudados por un comparsa importante, la Gran Bretaña, cuyo pequeño arsenal atómico, su retraso en la categoría de las bombas y sus dificultades para transportarlas hasta los objetivos de guerra, no le permite jugar más que un papel verbal. Los países que están a punto de tener la bomba son dos: Francia y China. Francia ha producido ya cinco explosiones nucleares en el Sahara y está a punto de continuar sus experiencias en Tahití, trasladando a la Polinesia su polígono de ensayo —con lo cual se evitará las continuas protestas de los países africanos, cuya amistad le interesa conservar sobremanera—. Se considera generalmente que Francia no ha conseguido todavía resolver los problemas de «miniaturización», es decir, que no es capaz de dar a sus máquinas atómicas el tamaño y el peso mínimo necesarios para ser transportadas por aviones o por proyectiles; pero no hay ninguna certeza en ello. En Washington se dijo el lunes que Francia tardaría cinco años aún en hacer una verdadera bomba. En cuanto a las posibilidades atómicas de China son aún un misterio. Se dice que está a punto de conseguir su primera explosión de ensayo y son los servicios de propaganda americanos quienes han difundido ampliamente esa noticia. Se sospecha que la noticia pueda ser inexacta o adelantada y que su objeto sea el de aumentar las dificultades de la URSS con su aliado amarillo. El hecho es que en estos momentos Francia y China están representando un mismo papel respecto a la paz de Moscú: la oposición. No les



Coexistencia pacífica en acción. Kruschef entre Averell Harriman y Lord Hailsham. Cordialidad y sonrisas: una perspectiva a la prohibición de pruebas nucleares.

interesa que el mundo quede congelado en la situación actual de armamentos cuando ellos están a punto, o creen estarlo, de convertirse en grandes potencias gracias a sus futuras bombas. En ese sentido se suele decir que los franceses son los chinos de Kennedy, o que los chinos son los franceses de Kruschef.

El tercer sector del mundo lo forman los países que no tienen la bomba ni esperanzas de tenerla, como no se las presten sus aliados —y en qué dramáticas condiciones!, expuestos a ser las víctimas del holocausto por defender intereses que no son directamente suyos y a no poder utilizar la bomba en su conveniencia o en su defensa sin permiso de sus mayores—, los cuales están unánimemente a favor de los tratados, de la prohibición del arma, del apaciguamiento. África, menos comprometida con ningún bloque que los países de Europa o de América, lleva la vanguardia en esta postura. Se atribuye a Nasser la idea de dos proyectos de resolución que presentaría en la Asamblea General de la ONU —mes de septiembre— en nombre de los países africanos y árabes y en presencia de un gran número de jefes de Estado de estos países: la prohibición por la ONU de cualquier ensayo nuclear —prohibición en la que quedaría incluida Francia, pero no China, que no pertenece a las Naciones Unidas— y la desnuclearización del Mediterráneo propuesta recientemente por la URSS y rechazada por Estados Unidos. La frase de un editorial de «Jeune Afrique» —semanario tunecino de gran influencia— podría definir exactamente la posición de los países que no tienen la bomba: «El tercer mundo no pesa realmente más que en periodo de paz. Basta con que cada uno se ponga a contar sus bombas atómicas para que quedemos reducidos, políticamente, a cero. En la paz, el tercer mundo es una gran potencia; en la guerra, es un instrumento del que se sirven los otros.»

No todo está claro

A esta geopolítica de la bomba, o del año dieciocho de la bomba, que parecen dibujar la mayor parte de los comentaristas internacionales, se pueden hacer algunas correcciones. La primera y la más importante es que todavía Estados Unidos está más cerca de Francia y del mundo occidental que de la URSS; la consecuencia inmediata y exacta es la de que la URSS y China están también mucho más próximas la una de la otra de lo que se cree en Occidente y mucho más de lo que lo está la URSS de los Estados Unidos. Los últimos quince días de Moscú, vistos con el telescopio occidental, resultan bastante engañosos. Se especula comúnmente con la idea de que la URSS se ha aproximado al mundo occidental para compensar o equilibrar su ruptura con China. La situación es justamente la contraria: la política de «destalinización» o de «deshielo» realizada por Kruschef desde que se le dio el poder ha sido la causante de la diferencia ideológica con China, que, situada en malas condiciones para admitir el *status quo* —no admitida en la ONU, sin comercio con la mayor parte de los países capitalistas, sin bomba atómica y en plena etapa de desarrollo— cree que la nueva situación paralizaría su avance. Si Kruschef ha hecho coincidir las dos conferencias en Moscú, la conferencia con los chinos y la reunión con los angloamericanos, no ha sido para consagrar un «cambio de alianzas», sino, sin duda, para demostrar a los chinos que la coexistencia pacífica es posible dentro del pensamiento comunista, sin hacer concesiones ideológicas y puede producir excelentes frutos no sólo para la URSS, sino también para China. La idea de que la disputa entre la URSS y China es irremediable puede ser un error grave si Occidente lo acepta como definitivo. La ruptura con Yugoslavia, el episodio de Budapest, fueron hechos históricos de mayor significación dentro del marxismo y tuvieron consecuencias más graves dentro de los partidos comunistas del mundo y, sin embargo, los dos casos, las dos heridas, aparecen hoy como completamente cicatrizadas. Algunos políticos europeos y americanos cuentan ya con que el futuro ofrezca esta cicatrización.

Hacia otros tratados

SEA cual sea la relatividad de la situación actual, parece que nos encontramos ante una época de grandes tratados. Kruschef, en sus últimas y espectaculares declaraciones, ha hecho una serie de propuestas. Es cierto que, como dice el *Observer*, de Londres, del domingo último, no ofrecen ninguna novedad, puesto que son las mismas que Kruschef viene repitiendo desde que alcanzó el poder; pero nunca se han hecho con tal énfasis, con tal insistencia y en un momento tan importante. Sobre todo, en los medios oficiales de Londres y de Washington, a pesar de las reticencias de rigor, se han acogido como posibles. También ahora se empieza a ver como posible el pacto de no agresión entre las potencias de la OTAN y las del Pacto de Varsovia, que en el momento en que fue formulado por Kruschef fue objeto de una repentina negativa. Se dice que Spaak, ministro belga de Asuntos Exteriores, está favoreciendo tal pacto, a pesar de la oposición francesa y de la inquietud alemana. Si no se llega a un pacto formal, se espera una declaración de prin-

SIGUE

PANORAMA INTERNACIONAL

cipios, hecha simultáneamente por cada una de las dos organizaciones militares opuestas, comprometiéndose a mantener la paz y a limitar sus objetivos a la defensa. Esta declaración es naturalmente escasa, puesto que desde que el mundo es mundo, nadie ha desencadenado una guerra sin advertir previamente que se estaba defendiendo de una agresión. Pero tanto en los términos de la entrevista de Spaak con Kruschef en Ucrania —según el informe de Spaak a la NATO—, como sin duda en las negociaciones de Moscú con Hailshun y Harriman, se ha tratado de temas muy concretos sobre los posibles pactos futuros, que entran de lleno en la nueva geopolítica.

Se trata aparentemente y en principio de trazar una especie de línea divisoria de Europa, o sea, de respetar las fronteras actuales, tales como están dispuestas prácticamente —o sea, respetando la existencia de la Alemania del Este— y crear una zona de ochocientos kilómetros a cada lado de esa línea en la que cada parte tendría un sistema de inspección no sólo aérea, sino también en el suelo, para evitar cualquier ataque por sorpresa. Estas zonas no estarían obligatoriamente desnuclearizadas —y esta modalidad es absolutamente nueva con respecto a ofertas anteriores—, pero sí exentas de proyectiles o aviones capaces de lanzar un ataque a larga distancia. Al mismo tiempo la URSS, por una parte, y las potencias occidentales, por otra, reducirían considerablemente sus fuerzas de ocupación en Alemania.

Es indudable que estas medidas, si se adoptasen, no evitarían totalmente el riesgo de guerra. Son escasas si se tiene en cuenta que, según algunos técnicos, hay satélites rusos dando vueltas al mundo cargados con bombas atómicas que pueden desprenderse en un momento dado por una acción teledirigida desde Moscú; y, sin necesidad de estas fantasías —no imposibles—, que los «Polaris» americanos del Mediterráneo pueden disparar en cualquier momento contra el territorio soviético, produciendo así el «ataque por sorpresa» que no impediría la inspección ocular de un territorio de ochocientos kilómetros de fondo. Pero el acuerdo equivaldría ya a un tratado de no agresión a un acuerdo de paz; reduciría el riesgo de guerra y crearía un clima psicológico nuevo. Hay, sin embargo, consideraciones de política menor —pero fastidiosas— que dificultan en principio estos acuerdos. Por ejemplo, sería necesario que los occidentales reconociesen la existencia de la Alemania del Este; sería necesario que De Gaulle admitiese en territorio francés las comisiones soviéticas de control y de investigación —puesto que en la franja de ochocientos kilómetros habría una parte de Francia incluida— y que Adenauer aceptase también la reducción de fuerzas de ocupación americanas —puesto que la historia ha situado las cosas de manera que las fuerzas de ocupación son deseadas por el país ocupado y al mismo tiempo odiadas por él—. O el sucesor de Adenauer, Erhard, lo cual es aparentemente más fácil porque es conocido como más flexible que su predecesor: quizá porque ha vivido con menos intensidad la etapa política anterior.

Cifras de terror

DENOMINO «política menor» a estas rémoras por una simple comparación de lo que significaría la aceptación de esos males con la aceptación de una guerra. Se sabe que la URSS —sea cual sea la opinión del secretario adjunto de defensa de los Estados Unidos— tiene una capacidad atómica capaz de destruir, aun después de un 30 por 100 de pérdidas —es decir, suponiéndola víctima de un «ataque por sorpresa»— cuatrocientas cincuenta veces los territorios de la NATO. El arsenal atómico norteamericano parece superior: equivale a 70.000 millones de toneladas de TNT —o sea más de veinte toneladas de explosivos para cada habitante del planeta—, lo cual significa que, después de haber perdido un tercio de su potencial en un ataque por sorpresa, aún podría destruir quinientas veces el territorio soviético. Estas cifras explican muy claramente la necesidad de los pactos.

El desarme psicológico

CUALES son las etapas por venir? La predicción es muy difícil. La historia marcha con el paso torpe y torcido de los caballos de ajedrez. A veces avanza un paso y retrocede dos, o viceversa. Las predicciones inmediatas que se hacen en las capitales europeas son éstas: es muy posible una reunión de ministros de asuntos exteriores de los cuatro; incluso se dice que De Gaulle, en vista del giro que están tomando los acontecimientos, despacharía a Couve de Murville para participar en tal reunión y que Francia no se quede fuera. Se dice también que después habría una «conferencia de grandes», urgida en estos momentos por Macmillan —que siempre va a la vanguardia de estos movimientos de aproximación— y examinada con reticencia —por causa de los «ultras» del Pentágono y del Senado— por Kennedy. Se habla también de una serie de entrevistas bilaterales: es decir, que Macmillan vería a Kruschef en el curso de un viaje a Escandinavia, y que Kennedy se encontraría con él el próximo otoño —se dice más aún, que le visitaría en Moscú—, después de una conferencia entre Macmillan y él. También se asegura que De Gaulle está preparando un viaje a Moscú, y que ése es el objetivo final de la reciente visita del embajador de Francia en la URSS a Kruschef. Este viaje se presentaría como la devolución de la visita de Kruschef a Francia.

Todo esto puede conducir al primero de los desarmes necesarios, al desarme psicológico. La psicología bélica ha sido la base de la guerra fría, ha causado daños graves en el progreso mental del mundo, y sigue teniéndose a punto de guerra. Las guerras no se han producido jamás por error, ni por un acontecimiento determinado —aunque luego los historiadores las atribuyan al asesinato de cualquier archiduque en cualquier Sarajevo—, sino porque se han premeditado y porque se ha preparado a un pueblo para ella. El «teléfono rojo» que Harriman ha llevado a Moscú no está hecho, como se dice, para prevenir una imposible guerra por error, que sólo existe en las novelas de ciencia ficción y que es un pretexto prefabricado para quienes pretenden lanzar una guerra, sino para iniciar el desarme psicológico; en este punto estamos, y de él lo esperamos todo.

E. H. T.

Short Baño



OLIMPIC®

Para "vestir" en la playa...
Vd. elige libremente el bañador
que más le guste. Una vez decidido,
fijese en la marca, es un
Short-Baño OLIMPIC
porque Short-Baño Olympic tiene
para Vd. el surtido más completo
y mejor confeccionado de bañadores
masculinos, con personalidad
propia.

1963

NUNCA TAN POCO HA VESTIDO TANTO